LA BELLEZA VERDADERA

Reflexión para sacerdotes desde el Corazón de María

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra de todo esto que están admirando; todo será destruido» (Lc 21, 6).

Hijo mío, sacerdote: de todo eso que se enorgullecen los hombres y que se jactan de haber construido con sus propias manos, con su inteligencia y con sus propias fuerzas…

De todo aquello que se disputan y que se arrebatan en una lucha constante de poder, de sus grandes empresas y edificios, de sus grandes inventos y fortunas, de sus monumentales castillos y reinos, palacios y templos, de sus poderosas máquinas, de sus magníficos descubrimientos científicos, de sus pirámides y murallas, y de todas las maravillas del mundo… no quedará nada.

Todo aquel que ponga sus seguridades en el mundo perecerá.

Todo aquel que idolatre los bienes terrenos, será destruido con ellos. No quedará piedra sobre piedra, y esta es la verdad, es Palabra de Dios, y se cumplirá hasta la última letra.

¿Y por qué Dios, creador de todo lo creado, que al mundo tanto ha amado, lo destruirá?

Por una simple razón, hijo mío: porque ya no será necesario.

Llevará a todos al lugar que les ha preparado en el Paraíso. No puedes siquiera imaginarlo, pero deben creer que Dios Padre lo ha pensado con mucho amor para sus hijos. Todo aquel que crea en su Hijo Jesucristo, y muera por Él, vivirá con Él, y será la eterna felicidad.

Es por eso necesario que los que viven en el mundo tengan visión sobrenatural. Que se desprendan de sus tesoros terrenos –que les provocan tanta tentación, que los conducen a la muerte–, y que acumulen tesoros en el cielo, en donde todo bien es eterno.

Ustedes, mis hijos sacerdotes, ¡se embelesan con tan poca cosa!

Si de verdad saben apreciar la belleza, contemplen a su bella esposa, la Santa Iglesia. Enamórense de ella, no de los templos e imágenes de piedra, sino de las verdades eternas, de los dogmas de fe, del Magisterio, de la Ley, de la Tradición, de los Sacramentos, de la sabiduría revelada, del carisma cristiano, de las virtudes, y del santo pueblo de Dios.

Valoren lo que el Señor les ha dado.

Ustedes son custodios del Cuerpo y la Sangre, del Alma y la Divinidad del Hijo de Dios.

Contemplen en mis ojos la belleza verdadera. Es el reflejo vivo de lo que yo en ustedes miro y admiro: al mismo Cristo.

Admírense de ustedes mismos, al contemplar su configuración con Él.

Admírense de su alma sacerdotal y de su poder.

Conserven digno y bello el templo de sus propios cuerpos, y den buen ejemplo, para que el pueblo admire la belleza de Él.

Prediquen su Palabra, que es palabra de vida, y que no pasará. Su belleza se preservará en la santidad de ustedes, para la vida eterna.

Nadie va al Padre si no es por el Hijo. Nadie va al Hijo si el Padre no lo atrae hacia Él. Ustedes son instrumentos de atracción, para que el pueblo de Dios siga al Señor.

No permitan que por el mal ejemplo de ustedes se alejen de la Iglesia los fieles, y caminen perdidos con miedo, escuchando falsas doctrinas, admirando la belleza falsa y efímera de los que dicen ser el Mesías, pero solo dicen mentiras.

El miedo paraliza y hace al hombre cometer las más terribles barbaridades y a Dios ofender, alejándose de Él, para aferrarse a falsas seguridades, pretendiendo salvar sus vidas, corriendo el riesgo de perderlas.

Lo que va a acontecer será obra de Dios, y será terrible para los que estén lejos de Él, pero será una maravillosa bienvenida al Reino que Dios tiene preparado para los que, habiendo perseverado, sean salvados. Y será maravilloso.

Ustedes son portadores de buenas noticias. Vayan y comuniquen a todos los pueblos que la Madre de Dios los está esperando, para protegerlos y conducirlos a los brazos del Hijo de Dios resucitado, en quien radica la belleza absoluta y la riqueza infinita, que es la vida eterna.

Por Él, soportarlo todo y renunciar a todo, vale la pena.

«C*uando oyereis hablar de guerras y revueltas*. Nadie mejor que nosotros, sobre quienes vendrá ese fin del mundo, podrá testimoniar la verdad de estas palabras celestiales.

¡Cuántas guerras y qué de clamores guerreros soportamos constantemente!

Además, hay otras clases de guerra que tiene que librar el hombre que es cristiano, es decir, la lucha contra las distintas

pasiones, los combates contra los malos deseos, y es una verdad inconcusa que los enemigos internos son de más peligro que los de fuera.

En verdad, la avaricia nos excita, nos inflama la pasión, el miedo nos atormenta, la cólera nos zarandea, la ambición nos desasosiega, los malos espíritus que vagan por los aires (Ef 6, 12) intentan aterrorizarnos.

Y por eso, en realidad, se asemejan a combates que nos hacen entablar, y, como si fueran terremotos, dejan su huella en las partes más débiles del alma cuando ésta se halla agitada»

(San Ambrosio, *Tratado sobre el Evangelio de San Lucas*).

¡Muéstrate Madre, María!

(*Pastores,* n. 90)

PASTORES: COLECCIÓN DE REFLEXIONES PARA SACERDOTES

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes